



MIJAÍL A. CHÉJOV (2016). *EL CAMINO DEL ACTOR. VIDA Y ENCUENTROS*. BARCELONA: ALBA.



La editorial Alba publica dos relatos autobiográficos de un gran actor, profesor y director de teatro. Como su introducción indica, no sólo se trata de una autobiografía. No se acomoda su lectura a este género, más bien nos invita a la reflexión y disfrute de un particular retrato del trabajo de actor y de la escena; un fresco original, vivo y, sobre todo, sincero. Después de leer estas notas y consideraciones, memorias y anécdotas varias, te encuentras no sólo ante un artista excepcional, ciertamente aclamado por su gran talento e inmemorables interpretaciones, sino también ante un pensamiento creativo rico marcado por una intensa humanidad. La teoría que sustenta su práctica, por un lado es sencilla, suplir con la imaginación los ámbitos a los que la psicología no puede llegar; por otro lado, desvela una de las mayores dificultades de los actores: entrenar su inspiración.

Algunas secciones del libro tienen cierto carácter novelado, otras se leen como breves relatos. En otras Chéjov profundiza en sus pensamientos y los desarrolla con tal perspicacia que uno quisiera detenerse por unos momentos, esperando que el autor continúe ese particular sentimiento o asunto escénico; pero he aquí que el autor introduce un giro a su narración y con una repentina anécdota personal o de un compañero actor, termina con humor cerrando su argumento, unas veces, y otras, abriendo la puerta a una nueva fuente de elucubraciones artísticas o filosóficas. Sin embargo, la elucubración filosófica del autor poco tiene que ver con el alejamiento de la realidad o del pragmatismo del pensamiento. Chéjov reflexiona desde el actor para entender lo que hace, para ser capaz de comunicarlo, de asumir su papel en la sociedad y comprender los momentos vitales que él mismo vivió en cada ciudad y país en los que ejerció su profesión: San Petersburgo, Moscú, Berlín, París, Riga, Dartington, Ridgfield o Beverly Hills. El capitalismo se empezaba a

desarrollar en occidente con la misma fuerza con la que en Rusia las revueltas y el arte de la propaganda se apoderaban del teatro. Chéjov se vió contrariado en numerosas ocasiones, ¿cómo justificar su posición respecto a la tradición que representaba? Tampoco acató ninguna otra realidad que la de su imaginación. Abandonó Rusia, pero su búsqueda y planteamiento escénico no dejó de evolucionar y perfeccionarse paralelo a esta vida incesante en viajes y aventuras teatrales.

A través de numerosos hallazgos y éxitos, de una imaginación superdotada, pero también contradicciones, idealismo y cierto misterio, se va formando el lector una idea de quién pudo ser y significar este increíble actor. Dice María Knébel que Chéjov fue un buscador de la verdad personal en escena, entendida como el lugar donde se encontraba la unión de vida y arte. Pienso que su búsqueda fue más allá, llegando a ser capaz de desvelar la capacidad intuitiva del conocimiento, de contrarrestar la dureza y frialdad del análisis, la sistematización y solidez científica, con el acogedor abrazo la síntesis, la organización subjetiva del material y la confianza en la inminencia de la intuición. Este reposicionamiento de la actitud hacia la interpretación en escena, lejos de ser poco sabia, o basada en creencias ingenuas, da un nuevo valor y dignifica la práctica, ya no sólo del actor sino de cualquier profesión hoy día. Aspectos igualmente significativos son la subjetividad de la persona que actúa, sus criterios y personalidad artística, la capacidad de modificar la percepción de los sentimientos hacia aquello con lo que trabaja. Un observador de sí mismo, nos dice Jorge Saura, como Chéjov, es un acontecimiento único. Este maestro elabora desde sus observaciones íntimas un sistema capaz de renovar nuestra visión del teatro y comprensión de la actuación. En esta edición lo hace a través del retrato de sí mismo y de su época, del hacer suyo y de sus contemporáneos.

Las principales fuerzas motoras que dan forma a su pensamiento, son dos. Primero, nos habla del planteamiento de un nuevo actor, que sepa sacrificar su arbitrariedad e individualismo y deje persuadir su mente y pensamiento por la contemporaneidad de su público y del contexto teatral. Por otro lado, su sistema busca preparar lo que él llama la «bifurcación de la conciencia» o capacidad del actor de habitar simultáneamente distintos estados de la conciencia durante la actuación. Es en el encuentro con la realidad, en la propia práctica y experiencia,

donde realmente el actor puede valorar hasta dónde los esfuerzos de Chéjov fructifican o no y en qué términos lo hacen.

El libro se divide en dos partes. La primera, *El camino del actor*, respira una sensibilidad más propia del que escribe un diario que del que reflexiona escribiendo sobre su pasado, como sucede en *Vida y Encuentros*, su segunda parte. *El camino del actor* está escrito cuando el autor tenía 36 años. En ella late un corazón fuerte, un deseo imperioso de conocer y entender los procesos por que se manifestaba su talento, una inquietud fuera de lo común por el arte de la interpretación y, especialmente, por los procesos intangibles, aquellos que hacen de la interpretación una experiencia memorable. Reconsidera la imaginación y la inspiración del actor e introduce una confianza inusitada en su intuición. Stanislavski ya había asentado en él muchas de estas ideas. Sin duda, los planteamientos de Chéjov se sostienen fuertemente en su aprendizaje con El Teatro de Arte de Moscú; les diferencia la prioridad con la que se exponen y el lugar que ocupan en la generación de sentimientos y personalidad del actor. Chéjov expone en esta primera entrega lo espiritual en el arte, y con ello pone de manifiesto la importancia de determinados procesos que, o bien pueden darse por sentado con demasiada facilidad, o bien negarse, devaluando el arte posible del actor. Con su creación, los actores pueden conseguir que el espectador comprenda mucho más de lo que el intelecto o virtuosismo emocional por sí solos puedan conseguir. Sobre todo, son ellos quienes le hacen, sin duda alguna, disfrutar plenamente. Habida cuenta hay de múltiples y ricas descripciones en las que Chéjov retrata a los actores y personalidades de su época. Basta con leer sus descripciones de los personajes que siempre quiso interpretar y no pudo (Quijote, Lear o el Judío errante), o de los que sí interpretó y con increíble éxito: Caleb, Erick XIV, Jlestakov, Skid, Hamlet o Sir Toby, para darse cuenta de su extraordinaria habilidad para penetrar en lo más íntimo del personaje y conmover al espectador. Sus anotaciones demuestran y enseñan al lector una capacidad profunda y meditada de considerar el material humano con el que trabaja. De esta sugerente forma va horadando una visión única y renovada de la actuación.

*Vida y encuentros* tiene otro enfoque. El autor, casi veinte años después, asume que ciertas conclusiones ya están hechas, y ciertos caminos bien trazados. Son magistrales sus descripciones del sentido del

ritmo y tiempo para el actor, que concibe como sólo la experiencia del actor puede concebir. Pienso que el alma del que lee recoge con avidez estas observaciones. Lo mismo sucede con su forma de entender la irradiación del actor y su potencial expresivo; o con la importancia que se debe dar a las sensaciones del tiempo y espacio escénicos. Con una mirada retrospectiva también explica cómo surgió su técnica más conocida, el gesto psicológico. De nuevo habla aquí, como lo hizo en su primer relato, del imprescindible *sentimiento de totalidad* del creador, difícil de entender en su complejidad, que encontramos traducido en esta edición como *sentido de integridad*. Aún sin terminar de darle su verdadero sentido, ni corrección gramatical, pienso que esta segunda traducción abarca mejor la matriz de la comunicación y placer estético que Chéjov aprecia tras una obra de arte. Una cualidad que no define al autor de la obra, sino el encuentro con el espectador.

Por último, alabar la introducción del libro que guía y enriquece enormemente su lectura. La presentación del tono de la obra está a cargo de Jorge Saura, editor y traductor de esta publicación. Otra, de María Knébel, alumna de Chéjov durante sus primeras aventuras como profesor y posteriormente de Stanislavski. Tendría Chéjov por aquel entonces veinte y pocos años. El relato de María Knébel ayuda a situar la figura del Chéjov de una manera contundente dentro del Teatro del Arte de Moscú y facilita el lugar de referencia desde donde entender todo un desarrollo posterior fuera de la Rusia natal del autor.

Sol Garre